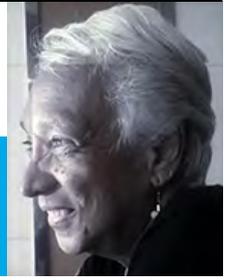


**Escribe Milagros Mata Gil:** Desde los años 80, ha habido cierto auge del género negro en Venezuela, en parte como consecuencia de la creciente violencia del delito en el país y en parte por la influencia del thriller norteamericano y también del nuevo periodismo. Escritores como Marcos Tarre, Eduardo Liendo, Ana Teresa Torres,

Fedosy Santaella, José Luis Palacios, José Miguel Roig, Golcar Rojas, José Pulido, José Manuel Peláez, Pablo Cormenzana, Tomás Onaindía, Edilio Peña, Alberto Hernández, Sonia Chocrón, Eloí Yagüe, por citar los más conocidos, han publicado y recibido algunos reconocimientos fuera del país"



# Papel Literario <sup>FUNDADO EN 1943</sup> 80 AÑOS

DOMINGO 28 DE MAYO DE 2023

•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com/https://www.elnacional.com/papel-literario/ •Twitter @papeliterario

HOMENAJE >> ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA (ESPAÑA, 1971)

## Notas sobre Pérez Zúñiga

Poeta, narrador, ensayista y articulista, Ernesto Pérez Zúñiga (1971) es filólogo, parte del Instituto Cervantes, así como un sostenido lector y aliado de la literatura venezolana. En el 2019 fue reconocido con el Premio Nacional Cultura Viva

JOSÉ BALZA

(...)  
El año 2011 Pérez Zúñiga publica una tercera novela, *El juego del mono*, escrita entre las primaveras del 2007 y del 2010. Aunque numerosas referencias a otros autores, citas directas, relectura de clásicos y, en especial, las imágenes de monos, famosas en la tradición y en obras actuales del Oriente, pudieran implicarnos en una ejecución de *pastiches* o una reescritura de diversas narraciones (y, en verdad, a veces ocurre así) esta novela corresponde al cumplimiento de una experiencia obsesivamente personal.

En principio por la prosa -resonancia de versos, cuentos y novelas anteriores de Pérez Zúñiga-, también por la cualidad paisajística que ya hemos detectado y por avances de ternura o comprensión que de manera simultánea acunan o hieren a los diversos personajes, pero en especial a su protagonista.

Con escenas autónomas y siempre fascinantes, su escritura no deja de ser una vasta, terrible confesión. "Quiero escribir lo que me ha dicho esta noche ese loro, ese pesado; el inconsciente": un recorrido por sótanos, prisiones, sueños, bares, borracheras, deterioro, abandono, negación de la educación, drogas, animalidad de diversa índole. Frase aquella que pudiera anunciar un relato incoherente, párrafos flotando en el caos, desorden y esterilidad surreal, pero que en verdad esconde simetría, calculado rigor, construcción lúcida, mosaico sin fisuras: novela pura, exacta y libre.

Algéciras, Gibraltar, el Peñón, la Línea, el Estrecho, la frontera: rocas, mar, emigrantes, contrabando, bares y prostíbulos ("un excremento del floreciente territorio europeo"). Montenegro, hombre sobre los treinta años, con una cicatriz en la mejilla izquierda, ocasional "monje genital" pero disoluto, profesor impreciso de chicos resueltos y alocados, indiferentes al aprendizaje y al futuro. Los monos de Gibraltar -*Macaco sylvanus*- que viven en lo alto de la montaña y bajan a las carreteras o a las casas o al sueño. La Chica de la Nariz, complaciente y adicta; la Niña de la Ducha, alumna, ajena, especie de lo-li-ta inalcanzable; y la Mujer de la Máscara, sensual, cruel, poderosa aunque condescendiente, a medias real y a medias imaginada por alguien. Tales son los componentes, físicos y psíquicos, muy



ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA / ©JEOSM

bien corporeizados y muy activos, como que la narración nos ocupa.

Una casa alquilada por el desaliñado y alcohólico profesor, cuyo centro magnético es un sótano que, aunque resulta común en el estilo de las viviendas de la zona, ahora se vuelve espacio distintivo. Dentro de este hay un prisionero de la Mujer de la Máscara, pura vivencia y percepción, sin razones claras para su condena y a quien debemos el intenso manuscrito abandonado. El prisionero pudiera ser aquel hombre muerto (¿a punto de cumplir 41 años?) encontrado en las proximidades, tiempo antes de la llegada del profesor, y que despierta su curiosidad, el deseo de investigar, la búsqueda roída.

Todo lo sabemos porque cinco años después de haber escapado -también del sótano, dentro del cual lo fijó el gesto azarístico de un mono- Montenegro errante por el mundo rememora sus historias.

Direcciones de toda su escritura anterior, ya lo hemos sugerido, desembocan en esta obra convulsa de Pérez Zúñiga. Ecos de la Guerra Civil (*Santo diablo*): "comerse al otro: Guerra Civil", la asoman a puros instintos de destrucción; el mal mayor, la muerte,

que, en *El segundo círculo*, se ofrece como dolor absoluto desde este lado, pero como aliento absurdo del deseo, desde el otro, pasa a ser una suerte de albur, quizá insignificante ante los destinos estrechos y deshechos que deambulan por Gibraltar.

Aunque el protagonista, Montenegro, dice que por épocas "uno está entregado al afuera" porque vive demasiado lejos de sí y que los sucesos "se iban retorciendo" ante él, "ciego en la existencia", permanece al contrario maniacamente atento a sus sueños y pensamientos. Por lo cual el manuscrito del muerto ("...el sentido de su tiempo estuvo en otra parte: ¿en la literatura?"), leído y analizado por él, parece una extensión de sus impulsos.

El manuscrito y la historia de Montenegro cumplen así "un ritmo de ocurrir", más que distinto, de naturaleza contraria" o complementaria.

El sótano y el Peñón, el colegio, los jóvenes y el Peñón, el colegio, los jóvenes y las madres, Sherezade y las otras chicas, las Parcas, el prisionero y Montenegro son un mismo cuerpo, mimado por el abandono, la lasitud, la sexualidad primaria, el peligro. Hay un pequeño calabozo, pero alrededor de él y de todo aquello el mundo ha desaparecido o es otra prisión, que los somete

a un clima de crueldad anodina y absurda, a la conformidad y el fracaso, al desaliento como cobertura e interioridad de las conductas. Quizá porque nuestro mundo actual encuentra en Gibraltar su síntesis. La grisácea tinta goyesca de Pérez Zúñiga todo lo penetra (y en esa materia inasible tal vez reverberen las sombras de Díaz Grey y del propio Onetti).

Algo asoma como frágil luminosidad o como redención para el prisionero y para Montenegro (este obliga a sus discípulos a "leer" *Drácula*): la literatura. Tal vez porque en ella pueden converger tanto lo involuntario y elusivo como la soledad y las inseguras explicaciones; porque reúne la máxima exposición de intimidad y el improbable deseo de ser percibido. También porque, como ocurre en este caso, es un gesto de narcisismo perverso.

Así, en los alrededores de la "ciudad proclive al escorbuto", escribir o mirar fotos de Bogart y Ava Gardner permite el logro de que "mitificar la realidad puede ser muy útil para soportarla, incluso para lograr vivir tranquilamente sin procurar un cambio", como hacen todos allí.

Pero como "somos parte de una na-

rración de la que desconocemos las reglas" y cuyo sentido es inexplicable, utilizamos "la capacidad de la invención para proyectar sobre el vacío lo que va creando". Ya lo sabemos por lo actos cotidianos de esos personajes y porque si hay algo extraordinario en sus días (los monos) lo devora de inmediato la cotidianidad: "todo aquel que escribe ficciones es un inquisidor de las posibilidades verosímiles que tiene la realidad para manifestarse extraordinaria". No hay duda: escribir se convierte en "una conversación con la ausencia", hacerlo es el paroxismo de la circularidad obtusa: "Imaginación y acción (lo que se obra, la obra), una misma cosa".

Entre las muchas cualidades de Pérez Zúñiga destaca su misteriosa precisión para titular cada libro. Con *El juego del mono* parece superar ese talento. En un extremo opuesto, de manera aparente, al virtuoso *juego* de Hermann Hesse, este libro se hunde dentro de lo lúdico como una fatalidad. Y a pesar de su reparto amplio, termina convirtiéndose en la unidad/polaridad de Montenegro y el "mono rubio".

Mitos, leyendas, tradiciones, magazines, literatura, televisión han hecho del mono un signo particular. A su agilidad, don de imitación, bufonería, algún erudito ha añadido lo de su *conciencia disipada*. Quizá por su vagabundeo y por su alta sensibilidad que también salta de rama en rama. En el budismo se le imputa una falsa sabiduría, los aztecas lo asocian al sol y a la sexualidad ardiente.

Aquí los monos viven en el Peñón y acuden al auto del protagonista, quien mientras bebe bourbon en la carretera ("Un cóctel de whisky y aire. El atardecer es el bourbon del cosmos") termina lanzándole botellas que ellos beben de inmediato. El ritual es prolongado: primero los visita por las tardes y los emborracha, luego seleccionado por uno de ellos lo lleva a su casa, al sótano y lo convierte de algún modo en parte suya. Pero antes confiesa: "En una ocasión un mono entró dentro de mi pecho, se apoyó contra la pared y se quedó dormido. En mi sueño, intenté ver lo que el mono soñaba: en el interior de sus pulmones, que eran de agua, había un niño desnudo y sentado, respirando como un pez".

La fusión es total. No solo entre los monos de la realidad y el animal soñado sino también entre Montenegro y el prisionero muerto, porque ambos han tenido un mono junto a ellos, en el sótano, en el sueño.

El animal y el otro o los otros; y viceversa: un mundo gástrico los deglute, los sacia, los impulsa. Y ya sabemos que ese mundo está signado como materia en disolución. Hemos descendido o volado hacia unidades y oposiciones estallantes. "Una relación extraña con los animales la puede tener cualquiera": como estos seres anodinos y de conversación sin objeto, distantes del esplendor que los dioses o los mitos conceden a la animalidad.

Y ya no cesaremos, aun después de cerrar el libro, de sentir o evocar el córrido juego entre ellos (ellos?): "Jugamos porque somos incapaces de amar". Al leer y al vivir jugamos: estamos solos. Si nuestra acción toca a otro ser "jugamos con pequeñas mentiras casi intuitivas" o para estar cerca de lo que hemos perdido.

(...)

JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDIZ

HOMENAJE &gt;&gt; ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA (ESPAÑA, 1971)

# La búsqueda del tesoro

**"Vivimos como si los países tuvieran una realidad sólida cuando no son más que cosas que pasan en un planeta de tierra y agua si lo miras desde el astro más cercano. La literatura debe atreverse a explorar todos los planos del ser y a hacerlos simultáneos en una novela. Se esperan noticias del más allá del más allá, decía Gómez de la Serna. Todas esas capas nos habitan. Una novela es un explorador que, desnudando las criaturas que se encuentra, se descubre a sí mismo"**

Ernesto Pérez Zúñiga (Madrid, 1971) es uno de los más brillantes autores de la actualidad en lengua española. Su obra, volcada principalmente en la novela y la poesía, representa una incesante exploración en el misterio, en la presencia del milagro, en el desarrollo de una literatura que ama la profundidad, la belleza, la imaginación febril. Por eso hablamos de una escritura a contracorriente que esquivaba la anécdota simple y la expresión notarial. Aventura expresiva que este autor español asume con una disciplina en la que comparten espacio las diásporas de escritura, la meditación trascendental, la oración, los paseos por paisajes de olivos y la relectura constante de San Juan de la Cruz y de Onetti.

Titulos como: *El juego del mono*, *La fuga del maestro Tartini*, *Siete caminos para Beatriz*, *No cantaremos en tierra de extraños*, y *Escarcha*, conforman parte de su obra en marcha; obra que ya ha sido traducida al francés, al italiano, al rumano y al checo, y que ha sido reconocida con el premio Torrente Ballester, el premio Luis Berenguer o el Premio Nacional Cultura Viva.

Conversamos con este autor en el Mercado de Cádiz, y sus palabras surgen acompañadas de una manzanilla, varias ostras y unas ortiguillas.

**Tus novelas poseen hilos anecdóticos muy sólidos, y sin embargo, en todos ellos percibo nociones que parecen ajenas a la narrativa actual como son el alma, lo sagrado, el tesoro. ¿Hay una voluntad espiritual en tu escritura?**

¿Habrá en el ser humano un soplo que anima la materia y que anima también la palabra? La literatura trata de responder a esta pregunta misteriosa. La escritura es un laboratorio del alma, donde se mezclan las materias de nuestras inquietudes, de nuestros misterios, la imaginación y la experiencia. La literatura nos conecta con nuestros mitos más profundos que surgen sin que les preguntemos. Ellos se expresan en nosotros. En una de mis novelas, *No cantaremos en tierra de extraños*, estaba escribiendo un western relacionado con el exilio español y me di cuenta de que estaba plasmando una versión de la historia de Orfeo. La novela es el lugar donde las pulsiones más profundas de nuestra vida se vuelven aventura. La aventura de lo sagrado es, desde el Grial, la búsqueda de un tesoro. Ese tesoro solo se puede encontrar en los pliegues del misterio. Una novela es eso: una exploración libre en esos pliegues.

**Otro elemento perturbador de tu narrativa suele ser la combinación de planos cotidianos con planos fantásticos. ¿Te interesa una escritura en la que asome la realidad con sus múltiples planos paralelos?**

Lo que llamamos realidad es una usurpación de la realidad infinita e inaprensible. La palabra es cazadora, sin embargo. La literatura atrapa los hilos que se escapan. A mí me interesa la literatura que tiene esa concepción más amplia de la realidad, pues el ser humano, el ser real es una mezcla muy compleja de experiencia, sueños, anhelos, emociones, y sensaciones inexplicables, normales y paranormales. Si lo pensamos bien, lo que llamamos normalidad es paranormalidad. Vivimos como si no estuviésemos flotando en un universo del que no se conoce casi nada. Vivimos como si los países tuvieran una realidad sólida cuando no son más que cosas que pasan en un planeta de tierra y agua si lo miras desde el astro más cercano. La literatura debe atreverse a explorar todos los planos del ser y a hacerlos simultáneos en una novela. Se esperan noticias del más allá del más allá, decía Gómez de la Serna. Todas esas capas nos habitan. Una novela es un explorador que, desnudando las criaturas que se encuentra, se descubre a sí mismo.

**Fuera de España quizá existe la percepción de una narrativa española estructuralmente conservadora, cercana en ocasiones a la literatura de tesis o a lo más superficial de la actualidad. ¿Cómo te sitúas frente a ese prejuicio? ¿Cómo situas tu propia escritura frente a esa idea?**



ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA / © JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDIZ

Ese prejuicio, me temo, tiene que ver con el escaparate, más que con la creación literaria actual. En España ese escaparate está dominado por una literatura más convencional y comercial. El problema está en que esa confusión se encuentra alimentada por las editoriales y la crítica. Hubo un tiempo en que las fronteras entre la literatura y la literatura comercial estaba muy clara. En las últimas décadas eso se ha mezclado, también en los medios de comunicación. En España, se creó la etiqueta despectiva de "novela literaria" para arrinconar las novelas que, por su calidad estética, podían vender menos. Bueno, el resultado es que han sido arrinconadas. Se publican, pero se leen en círculos reducidos. Y fuera de España no llegan a conocerse. La estrategia comercial se asegura de que solo se difundan las que más venden. El problema es que todo el sector, incluido una parte de los medios de comunicación y la crítica, ha caído en

este juego. Otros, por fortuna, siguen teniendo muy clara la diferencia. Elio Antonio de Nebrija, al escribir la gramática de este idioma que nos une, sostenía que la norma siempre debía basarse en el uso de los mejores escritores. Y que ese uso debía estar por encima del criterio de los gramáticos. En nuestra época, es la gramática comercial quien dicta la norma de lo que es la literatura en España. Eso es lo que se percibe en Hispanoamérica. Reciben una máscara de la realidad y, como no ven otra cosa, se ven obligados a creer en ella. Y lo mismo pasa con los jóvenes autores en España. No ven a los que han trazado el camino antes que ellos. Ven lo mismo que sus colegas hispanoamericanos. Pero el camino de la literatura nunca ha sido fácil. Lo importante de un libro es que se convierta en una máquina del tiempo. Y que se pueda seguir leyendo ahora y después.

**A veces trabajas con nociones casi mágicas, como escribir capi-**

**tuos con el mismo número de palabras, algo que luego en la corrección transformas; del mismo modo hay momentos de tu prosa en que se percibe el ritmo del verso. ¿Cómo es el trabajo emotivo y racional sobre tu escritura?**

La idea de emoción me lleva primero a la poesía. Cuando escribo poemas, son cargas concentradas de emoción en imágenes o pensamientos que obedecen a una música interna, que también es emoción. Pero la poesía es, sobre todo, una manera de mirar la realidad y de atraparla en el lenguaje. Esto es algo que está desde el origen de nuestra tradición literaria, que es Homero. La *Odisea* es lo más parecido a lo que hoy concebimos como una novela, a pesar de las distinciones filológicas. Los narradores que más me interesan son capaces de mirar de otra forma y convertir esa mirada en un estilo muy reconocible. Es el caso de Guimarães Rosa, Valle-Inclán, Carson McCullers, Onetti o José Balza. Mis investigacio-

nes formales tratan de ir más allá del juego que practicaba, por ejemplo, el grupo Oulipo. Se trata de que cada historia, cada personaje, cada punto de vista tenga el lenguaje que le corresponde. Me gusta trabajar en eso. Y también escuchar las melodías internas que tendrán plasmas diferentes. A esto me enseñó Monteverdi y también Tartini, a quien dediqué una novela. La melancolía tiene una forma, el miedo, la furia o la determinación tienen otra. Construimos y comprendemos el mundo al escribir. Pero, una vez terminada la primera versión de un libro, debemos mantener la libertad de cambiar de sitio o de eliminar los puentes que hemos construido sobre el abismo. A veces hay que mirar el vacío para comprender. Y otras hay que cruzarlo por la pasarela de la aventura.

**La novela es una aspiración a la totalidad, que todo lo absorbe y lo contiene. ¿Qué hay de la música, del cine, de la pintura, del teatro en tus libros?**

La definición de la novela que hace es exacta. Por eso es el género que más me gusta. El cine me ha nutrido con técnicas narrativas incontables, pero también de inspiraciones muy concretas. Como decía antes, *No cantaremos en tierra de extraños* tiene detrás gran parte de los westerns de John Ford. La música me ha enseñado a plasmar la monodía y la polifonía en la escritura, y también a escuchar el silencio y la naturaleza. De ahí nace la novela dedicada al músico Giuseppe Tartini. El teatro de Valle-Inclán o de Shakespeare me enseñó la contención estructural de la escena y de los diálogos y, en el caso de Valle-Inclán, la mirada desde lo que él llamaba la otra ribera: ver la vida desde la perspectiva de la muerte, también para comprender nuestra historia y sociedad, como he tratado de hacer en mi trilogía de España (*Santo diablo*, *No cantaremos en tierra de extraños* y *Escarcha*). En cuanto a la pintura, justo acabo de terminar una novela donde este arte es protagonista. Escribirme ha enseñado que nuestro material de trabajo es aceite, tierra, polvo. La escritura es el óleo de la vida. El libro que, al escribirlo, no nos transforma un poco, es libro perdido.

**En tu más reciente novela, *Escarcha*, destacas la figura de un árbol en la que el protagonista realiza un inventario de su vida. Sé que tú tomas notas, que detectas ciertos árboles que quizá contienen escritura, historias, voces. ¿Qué puede aprender un novelista de los árboles?**

"Hablan poco los árboles, se sabe. / Pasan la vida eterna meditando", escribía el gran Montejón. *Escarcha* la escribí en una época en la que me refugiaba en una casita cerca de un río. Recuerdo que cada mañana me subía a un árbol de la orilla. Y meditaba encima de ese árbol meditador. Porque la naturaleza no solo es la gran madre, es la gran maestra. Escuchaba la corriente del río, la brisa en las ramas, me imaginaba el sonido lentísimo de las raíces en la tierra profunda. Luego me iba a aquella cabaña, poblada de arañas, a escribir sobre un pasado colectivo lleno de extravío, para meterlo en la destiladora de la imaginación y encontrar el camino gracias a la escritura. Ese libro, *Escarcha*, lleva una cita de Cadenas, nuestro flamante premio Cervantes: "Somos víctimas de un extravío. El extravío sobre el cual hemos fundado nuestra vida, el de no darle a ella la primacía que le corresponde". Un árbol enseña la primacía de la vida. Las raíces en los ancestros. Las ramas donde brota el futuro. El tronco firme, pero con las marcas de aquello que hoy nos habita: aves, insectos, tiempo. Al morir, como esos anillos que se ven en los troncos de los árboles cortados, quedará de nosotros los libros que hayamos escrito. ●

“Ernesto Pérez Zúñiga es un novelista de personajes que se adentran en la niebla, que se sitúan al borde de la realidad o donde la ficción es un precipicio. Allí adonde sus personajes miran, siempre hay un atisbo de algo, un *aquello* por descubrir, una fuente de verdad luminosa pero terrible que atrae al personaje y, con él, al lector”

NICOLÁS MELINI

No puedo ni debo comenzar a escribir sobre Ernesto Pérez Zúñiga sin recordar que es un viejo gran amigo. Los que como yo le conocen saben que se trata de un ser especial tanto por su elegancia como por su saber hacer. Es una de esas personas que, desde el liderazgo, tratan de ser justas y no ceden en el empeño de perseguir la verdad. No es poco, en un mundo en el que los valores más sólidos parecen haberse diluido tanto, sustituidos por valores trampa o por valores que no lo son. Ernesto Pérez Zúñiga es la voluntad de mejora de todo aquello que, por razones de profesión o de amistad, entra a formar parte de su cometido. Estas, claro, son características propias de un líder. Ahora que tanto se demuestran las jerarquías, no hay más que tener como referencia a alguien como Ernesto para comprender la importancia de que los mejores se encuentren al frente, simplemente

LECTURA >> ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA (ESPAÑA, 1971)

# Pérez Zúñiga, algunas claves



ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA / ©DANIEL MORDINZI

te porque los mejores, como Ernesto, nos hacen mejores a los demás.

He tenido la suerte de ser testigo lector, a lo largo de los años, de su trabajo como narrador y poeta. Todavía recuerdo cuando sacó su libro de cuentos, *Las botas de siete leguas y otras maneras de morir* (2002), previamente a su primera novela, *Santo diablo* (2004). El editor de Punto de Lectura no estaba seguro de publicar el libro porque era de cuentos y los cuentos no se vendían, pero Ernesto porfió: claro que se vendería, había que creer en que aquel primer libro de narrativa suyo se vendería, y consiguió la publicación. Por aquellas mismas fechas de 2002 había obtenido el Premio Comunidad de Madrid de poesía, lo que le llevó a publicar en Visor su libro de poemas *Calles para un pez luna*. Aunque Ernesto Pérez Zúñiga ya había publicado algunos libros antes, yo tengo la sensación (tal vez condicionada porque fue entonces cuando lo conocí) de que allí comenzó su carrera literaria y de que es en esos tres libros —cuentos, poemas y novela— donde se encuentra el verdadero germen del escritor que hemos ido descubriendo a lo largo de los últimos 20 años. El cuentista dio paso al novelista, no ha vuelto a incidir en el género breve, pero la poesía se mantuvo y la novela se convirtió en su género. A *Santo diablo* siguieron

las novelas *El segundo círculo* (2007), *El juego del mono* (2011), *La fuga del maestro Tartini* (2013), *No cantaremos en tierra de extraños* (2016) y *Escarcha* (2018). Y a *Calles para un pez luna* siguieron los libros de poemas *Cuaderno del hábito oscuro* (2007) y *Siete caminos para Beatriz* (2014). La publicación de sus libros de poemas se espació, prevaleció la novela, pero su poesía es el núcleo duro de su palabra e irradia la misma impronta de autor que su ficción, algo que resulta excepcional entre los narradores-poetas o poetas-narradores de la actual literatura en español. Para mí que esa impronta se despliega a partir de esos primeros libros de los primeros años del siglo XXI, y lo hace desde una raíz que es la literatura en español de nuestra tradición (Garcilaso, Góngora, Quevedo, *La Celestina*, *El Lazarillo*, *El Quijote*, y, por supuesto, *El marqués de Bradamín* de Valle-Inclán y Valle-Inclán en su conjunto, García Lorca, Onetti, Mateo Diez...), por poco a poco, libro a libro, ir ganando una simplicidad que engrandece sus obras, al mismo tiempo que incorpora otras influencias a su núcleo de tradición literaria, como sucede en *El segundo círculo* con Dante y *La Divina comedia*, y en *No cantaremos en tierra de extraños* con el western del cine clásico estadounidense.

Ernesto Pérez Zúñiga es un novelista de personajes que se adentran en la niebla, que se sitúan al borde de la realidad o donde la ficción es un precipicio. Allí adonde sus personajes miran, siempre hay un atisbo de algo, un *aquello* por descubrir, una fuente de verdad luminosa pero terrible que atrae al personaje y, con él, al lector. Al otro lado del precipicio al que se enfrentan el autor y sus personajes se encuentra, acaso, la verdad, el conocimiento más terrible, la ambivalencia de las cosas, el bien y el mal. *No cantaremos en tierra de extraños* —novela suya que he venido a recomendarles aquí— no es un western porque lo diga su autor en una nota de agradecimientos al final de la edición, sino porque se siente desde la primera página y luego en cada una de ellas, aunque se enmarque en otro contexto histórico, la posguerra española, y suceda en otros territorios, Francia y España, que el western cinematográfico. En la novela, la violencia se desata y las balas silban sobre nuestras cabezas y suceden los héroes con toda su épica y los villanos con toda su maldad, y el amor mueve a los sanos de espíritu, y los celos y el resentimiento a los canallas. El maestro que ya es Ernesto Pérez Zúñiga consigue que vivamos un tiroteo sin una sola descripción, solo con el diálogo: “—Otra vez, ¿Manuel? —Mientras me dan a mí no os dan a vosotros.

—Tienes más vidas que un gato. ¿Dónde ha sido ahora? —No es nada, otra vez en el brazo izquierdo. Puedo disparar. La bala no está dentro. —¿Quieres que te la vende, papá? —No, cariño, quiero que te agaches mucho, me cago en todo”. —¿Nos van a matar, por qué nos quieren matar? —No lo fiores, cielo, no nos va a pasar nada. Túmbate. —Aquí vienen. Dispara a los caballos. —De acuerdo, Doc.

—Le has dado, coño, qué tiro. —Pobre bicho. —Pero el hijo de puta se levanta. —Ahora utilizará el caballo para cubrirse. —El otro desmonta. —Dale. —Es muy difícil con esta herramienta, están muy lejos. Ellos, en cambio, tienen fusiles. Pero no se atreven a asomarse. —Hija mía, escucha, ¿ves aquellos árboles? Corre hasta allí y después no pares. —Sí, buena idea, es el momento. La frontera está ahí, detrás de ese bosque. —No flores, corazón, haz lo que te estoy diciendo. —No, papá, yo me quedo contigo. —Dispara, Doc, que no la vean. ¡Corre te he dicho! —Dispara tú también, Manuel. Vacía el cargador, que no levanten la cabeza. —Hijos de puta, ni se os ocurra asomar ahora. —Hostia, le has dado al otro caballo. Hoy alguien dispara por ti. —Se me han acabado las balas. —Recarga. —No dejes tú de disparar. —Están acorralados. ¿Cómo va Bea? —Está entrando en el bosque. Lo va a conseguir. —Cuidado, ahí aparece uno. Baja la cabeza, me cago en todo”.

Y así continúa la escena, sin una sola acotación, tan sencilla y magistralmente que uno la vive. No fue el cine el que inventó eso de vivir las historias, sino la literatura. Tampoco lo de verlas, sino la literatura. Hay más imaginación en la palabra que en la imagen. Tal vez 20 años de escritura no sea nada, pero son muchos los escritores que en 20 años hacen toda su obra, y a Ernesto Pérez Zúñiga, previsiblemente, por fortuna, todavía le quedan por delante los mejores años de escritura. Los primeros 20 los ha aprovechado con creces. Animémosle a que siga así, haciendo el camino. ☉

## El nieto secreto de Valle-Inclán

“Cuando leí *Escarcha* por primera vez, me quedé paralizado: había algo que no ‘escuchaba’, porque a veces no sé cómo ponerle atención a la literatura. Y he aquí una de las primeras lecciones que aprendí de este libro: cada palabra del texto exige del autor su sangre; pero del lector exige su vida, pues ella se verá transformada en cuanto aquella penetra en él”

JUAN CARLOS CHIRINOS

A Valeria Correa Fiz, que brota Fitz

Para lo que quiero compartir sobre *Escarcha* (Madrid, Galaxia Gutenberg, 2018), la más reciente novela de Ernesto Pérez Zúñiga, y para que se entienda un poco más el porqué del título de este texto, antes tengo que contar dos anécdotas. Hace varios años, iba caminando con el autor por la calle Embajadores, de Madrid; regresábamos de una presentación de libros o de una jornada de bohemia, no me acuerdo, pero sé que nos habíamos adentrado profundo en la noche: estábamos a la misma distancia de la madrugada y del atardecer; era esa hora en la que los animales ululan por igual. Entonces ocurrió lo que suele ocurrir cuando camino con Ernesto por Madrid: que la ciudad muestra sin ambages su lado fantástico, más bien misterioso. Cuando pasamos frente a la iglesia de San Cayetano escuchamos el tañido de una campana, pero no era una campana de iglesia sino de un barco haciendo cabotaje, avisando a los del puerto que sus velas se acercaban. Y la luz de un faro respondía, a lo lejos. Nun-

ca supimos explicar cómo pudo ocurrir esto. El otro episodio acaba de tener lugar hace poco: él estaba recitando uno de sus poemas en *Tribu de poetas*, un espléndido espectáculo, junto al poeta Rafael Muñoz Zayas y la pianista y compositora Helena Fernández Moreno, en el que la palabra y la música felizmente se juntan para crear magia, y así ocurrió: de pronto, el poeta pronunció “el filo de la esfera”, y ya todo cobró sentido: claro, cada punto del planeta es el filo desde donde observamos el cosmos. Sé que seré incapaz de abarcar la verdadera significación de la obra de este autor español, tan cercano a América y, como no, a Venezuela; quizá por eso recurra a metáforas para acercarme a sus libros. Desde la primera novela, *Santo diablo* (2004) hasta esta reciente *Escarcha*, he seguido fielmente a este autor que es ya, tras seis novelas y varios libros de poemas, una de las voces de referencia de la contemporaneidad española y, desde luego, del español.

Cuando leí *Escarcha* por primera vez, me quedé paralizado: había algo que no “escuchaba”, porque a veces no sé cómo ponerle atención a la literatura. Y he aquí una de las primeras lecciones que aprendí de este li-

bro: cada palabra del texto exige del autor su sangre; pero del lector exige su vida, pues ella se verá transformada en cuanto aquella penetra en él. Así, pues, hay que prepararse para recibir ese don; algo de lo que, en mi atolondramiento, no me había percatado. Pero cuando regresé, sosegado, a la lectura y, como decimos en Valera, *puse cuidado*, el torrente de la novela entró a mí consciencia y todavía me habla, todavía me murmura cosas que no sé si estoy autorizado para repetir. Sus palabras son como las campanas marineras de la iglesia de San Cayetano y su faro misterioso: llaman a los lejos, avisan de que se acercan, de que vienen hacia aquí. Y nos dicen: estás, lector, en el filo de la esfera, míralo todo con majestad.

Esa esfera que es *Escarcha* (ese universo) aparece en principio como una muy dura historia de infancia, una de las formas de la novela de formación, en la que los adultos no tienen piedad con los niños y, mucho menos, con los adolescentes: los demonios que persiguen al hombre golpean con furia el entusiasmo de los jóvenes y lo trastocan en silencios y en miradas concentradas: es que ellos, a causa de ello, *ya saben*; y cuando se sabe no hay manera de



regresar al estadio primigenio, a la inocencia o, mejor, a la ingenuidad. Somos el recipiente del conocimiento y siempre nos lo llevamos puesto. Este tema, uno de los centrales de la novela, es duro, es grosero, es abyecto: cuando alguien —y, *para más inri*, religioso— le ha sido asignada la responsabilidad de educar a los más jóvenes y, en vez de eso, se aprovecha de la admiración que genera y la inocencia, de la confusión de esas edades y el respeto convertido en el miedo que suscita, no puede sino causar enorme repulsión, así sea una historia que ha sido transmutada al universo siempre flexible de la narrativa. Por suerte para el lector, este tema de los abusos infantiles en las escuelas religiosas por parte de algunos de sus miembros, lamentablemente tan común, ha caído en manos de un escritor como Ernesto Pérez Zúñiga y le ha servido para crear una novela que no tengo temor en afirmar que

roza los predios de la obra maestra; puedo discutirlo, pero me parece que, en las dos décadas de trabajo narrativo que separan a la primera y a la hasta ahora última novela, el autor ha ido conquistando cotas literarias cada vez más altas. Puede que no esté muy lejos el día en que nos entregue la novela con que nos destapará todo el universo narrativo que encierra su poética. Como su abuelo, Valle-Inclán, Pérez Zúñiga se halla siempre al filo de su propia esfera, allí, desde donde se vislumbra el jardín umbrío en el que nacen sus palabras. Del autor de *Luces de bohemia*, Ernesto ha heredado la capacidad para mezclar la dulzura lírica con la grosería de la mugre, la palabra precisa con el escenario terrible; el hechizo verbal con la furia del dios Pan. Porque las suyas son, como diría su abuelo literario, *divinas palabras*. Espléndido y terrible don.

No he tenido tiempo de destacar un aspecto de *Escarcha* que me gustó mucho en su momento y que me sigue maravillando cuando la releo: los dos planos narrativos en que nos hace ver a su ciudad Granada, uno “fantástico” embriujado y otro, a falta de mejor palabra, “real”, en excrecencia. A lo largo de toda la novela, como dos ríos hermanos que vivieran en planos diferentes, ambos cosmos nos guían por las experiencias de los personajes, duras para ellos, terribles para nosotros, pero adictivas para la materia novelística: pues esto debe de tener una buena novela: el barco, la campana, el perverso, la esfera, el faro, la inocencia, el filo, lo abyecto, lo hermoso, la víctima. Y los ríos, que se llevan todo. Y los besos.

*Escarcha* es una novela de formación, es cierto; pero también de la formación del escritor que la escribe. Y de usted, lector, que la lee. Tenga cuidado. ☉

HOMENAJE &gt;&gt; ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA (ESPAÑA, 1971)

RAFAEL MUÑOZ ZAYAS

Mallarmé relata la única vez que vio a Rimbaud en una carta dirigida a H. Rhodés, fechada en abril 1896. No lo describe con sus palabras, sino con las de Verlaine, que había trazado un retrato de Rimbaud en *Los poetas malditos* con la precisión que otorga una mirada capaz de desmembrar esta cáscara llamada cuerpo que habitamos, con la misma exactitud de transmitir lo que le ocupa. Si hubiera sido en 1886 ese encuentro, ese hito hubiera servido para comenzar este texto sobre la poesía y la figura de Ernesto Pérez Zúñiga diciendo que exactamente un siglo después de ese instante, lo contemplé por primera vez portando la equitación de portero en un partido de fútbol sala.

Fue en Granada, en el patio de un colegio que después ambos recreáramos en nuestra obra y que daría germen a toda una vida de amistades, encuentros y desencuentros, con todo lo que ello conlleva. Amores compartidos, desazones a solas, mucho alcohol y escarceos con ciertas drogas que finalmente prendieron en nuestras vidas en forma de literatura. Literatura con mayúsculas, el terrible influjo de los poetas malditos, el magisterio de Valle-Inclán, la pasión por los místicos flamencos y castellanos, el recorrido ininterrumpido por la riqueza de los escritores hispanoamericanos que, encarnada en buenas amistades, convive con nosotros en la actualidad.

Pero volvemos al primer momento en el que tomamos contacto. Allí estaba él, con sus grandes manoplas de color amarillo y blanco. No destacaba, en aquel conjunto de muchachos que jugaban al balón, por su altura. El pelo entonces ralo y abundante. Afloraba ya en sus mejillas la sombra de una barba que hoy es espesa. Eran sus facciones agradables y la misma mirada profunda y azul que mantiene hoy día. Aquellas manos enguantadas me llamaron la atención, como a Mallarmé las manos grandes y rojas de Rimbaud. Un primer recuerdo, fortuito, accidental, sucedido hace treinta y seis años, que fue el primero de una larga serie de coincidencias, conversaciones, vivencias y lecturas compartidas de nuestras escrituras, llenas de referencias a autores, a recomendaciones de obras, aderezadas de confianzas vitales, sinsabores y alegrías, en la que la sombra de aquellos poetas de finales del siglo XIX nos cobijó en nuestros inicios. Cuánto mal nos hicieron, hemos dicho muchas veces, pero cuánto bien a su vez.

Anhelábamos ser absolutamente modernos, pero en vez de fijarnos de The Cure, Duran Duran, Alphaville o The Smiths, por nombrar a algunos grupos que sonaban con fuerza en aquellos años en Europa, preferíamos compartir las ediciones de aquellos poetas malditos, del gran poeta norteamericano Walt Whitman y preferíamos escuchar jazz. Tardes enteras de Cole Porter, Chet Baker y Dizzy Gillespie en el Cannonball, un bar de aquella Granada de nuestra adolescencia que tanto marcó nuestro gusto musical en nuestra primera madurez. No fuimos, en contra de nuestro amigo Rimbaud, absolutamente modernos.

Y esa falta de modernidad se excavó en la lectura de los clásicos, en la pervivencia de un cierto regusto por el canon en la forma en que Ernesto Pérez Zúñiga ha ido construyendo un mundo poético tan personal y original que el lector avezado puede reconocer sí, por azar, encuentra unos versos escritos en la pared. Hubo un tiempo, vandálico y arcano, en el que nuestro poeta, como esos goliardos del Medioevo o esos neohumanistas de la década de los sesenta del pasado siglo, se enfrentaba a la vida vestido como un monje medieval. A su cuello, una ocarina. Alucinados los ojos por la ausencia, armado con rotuladores y aerosoles, regó con sus versos nocturnos los muros de la vieja ciudad de Elvira, la misma que encontró en *Escarcha* su émulo Monte. Puede que entonces él fuera el Dante, que todavía le acompañara, y que yo fuera el Virgilio que hizo de Cicerone en aquella ciudad nocturna, donde versos perdidos, de 1987, y casi inéditos de Ernesto, vieron la luz:

# Primera poesía de Ernesto Pérez Zúñiga: *El vigilante*



ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA / © LISBETH SALAS

*Felicidad.  
La montaña está quebrada.  
Yo también me extingo*

Sería muy fácil seguir la senda académica y regresar a los libros que publicó Ernesto Pérez Zúñiga vinculados a Granada, la Granada donde vivió su infancia y su adolescencia, la Granada donde se formó para la vida, antes de iniciar el periplo vital y geográfico que lo devolvió a Madrid, su lugar de nacimiento. Esa ciudad, donde conoce el amor y su herida, donde vive el dolor, la amargura, el desconcierto de la adolescencia, es donde rompe el poeta que es hoy. "Un poeta que escribe novelas", como le gusta afirmar cada vez que tiene ocasión. Como Valle-Inclán, que lo mira hecho piedra desde su despacho, tomó desde el principio, sin vacilar, una senda propia, llena de riesgos, porque no hay camino más difícil que el que se inicia conociendo la vía con la que otros han alcanzado la cima. Cima que no tiene que ver con el éxito ni con el reconocimiento, sino con el logro personal.

Es durante esos años, los que van desde la infancia en el piso familiar de Granada a su entrada en la Universidad, en el que las referencias vitales, culturales y literarias forjan la personalidad de un Pérez Zúñiga en el que aían por la buena literatura y el jazz, el flamenco hondo y valores como los de la amistad, la lealtad, el compromiso y la autoexigencia crean una primera mixtura identitaria que va a acompañar a Ernesto hasta el día de hoy.

No podemos dejar de lado una verdad elemental vinculada a la obra poética de Ernesto Pérez Zúñiga: cada uno de los textos que vemos impresos tienen una ligazón real con la vida de la que brotan. Tanto es así, que los textos son el resultado de ese ejercicio de fijar los "yoes" que somos a lo largo del tiempo, mutables, frágiles, cambiantes, contradictorios incluso, y que, a su vez, estos textos son el fruto de una reflexión, no en el sentido estricto del término, pues en el caso de su poesía están más cercanas a la destilación de un humor, a la captación de un estado espiritual o a la reverberación de una luz. "Escribes sobre lo que te ha ido pre-

ocupando, percibiendo o interesado durante mucho tiempo!" señala el autor en un diálogo conducido por Caridad Plaza.

Por eso vamos a acercarnos brevemente al primero de sus libros editados, en el que se arraigan, por un lado, parte de las obsesiones que palpitaban en toda la obra del autor y por otro, los estudios formales de construcción de un poema, el empleo del ritmo, el ensayo y conocimiento del metro, así como los desarrollos formales de tropos, imágenes y símbolos en su poesía que irán evolucionando desde *El vigilante* hasta la actualidad. Obra publicada cuando el poeta apenas ha rebasado los veinte años, y que nos sirve hoy para ver comprender cómo su voz se va conformando hasta alcanzar una primera madurez poética, no exenta de queiebros y queiebros formales, pero siempre exigente y cuidada.

En la vía académica, hablar de la obra publicada por Ernesto vinculada con los años en los que vivió y se formó en Granada, podríamos hablar de los tres primeros libros de Pérez Zúñiga: *El vigilante* (1991, Granada, El reloj y el viento), *Los cuartos menguantes* (Ayuntamiento de Granada, Granada,

1997) y *Ella cena de día* (Dauro, Granada, 2000), aunque este último, tiene vinculación con otros territorios y experiencias, aunque fuera editado, quizás no idealmente, en Granada. Pero en su conjunto, son libros que responden a la formación de Pérez Zúñiga, a las intempestivas noches de verano, conjuradas bajo las estrellas, en las que se formó el carácter sabio y bueno de un poeta, que no muda su espíritu con el paso de los años.

Los conocedores de su obra en verso son sabedores de que el mundo mítico de la infancia es desde donde se proyecta *El vigilante*, título con resonancias míticas y de elevación profética, dos elementos (lo mítico y lo profético), que junto con lo mágico y lo misterioso, crean la arquitectura de emociones que levantan este pequeño poemario. Hay que destacar el placer que al bibliófilo despierta el tacto especialmente satinado de la cubierta, la calidad del papel, la encuadernación manual y el detalle del grabado de portada y los dibujos interiores de Francisco Serrano, nos introduce en un mundo engañosamente infantil.

Es la primera vez que *La isla del tesoro* de Stevenson aparecerá en el universo poético de Pérez Zúñiga, co-

mo en su obra en prosa lo harán los cuentos de Sherezade de forma recurrente o implícita. Esta vinculación con otros autores, con otros textos, a modo de literatura de aluvión, se teje conscientemente, pues la obra poética de Pérez Zúñiga que aquí despierta se va a erigir a partir de los valores simbólicos que aportan su conocimiento de la tradición literaria, construida a través de un canon personalísimo que se irá mostrando a lo largo de los años en sus diferentes obras poéticas publicadas. *La isla del tesoro* emergerá por primera vez en esta obra, pero volverá a ella en *Calles para un pez luna o Siete caminos para Beatriz*. Y no solo se sirve de la tradición literaria para construir un mundo poético propio: la materia cultural que respira, que le envuelve y que como un buscador de oro persigue en el río de la vida, una vez que es encontrada, revierte desde su interior en veladas alusiones, reconstrucciones, reelaboraciones mínimas que se integran como propias en el fresco que levanta cada poema suyo.

Son poemas donde la emoción se destila a través de pequeñas construcciones gramaticales, donde prima la estética y en las que, aparentemente, bastaba con ese formato para lograr el resultado que busca Pérez Zúñiga en su poesía inicial. La finalidad de construir "literatura" mediatizaba la forma en que el poema, pese a su naturaleza anterior al lenguaje en el que se plasma y se materializa: poemas, en palabras del propio autor, "falsos y, por tanto, muertos...". En nuestro mundo pequeño de escritores, se tiene la certeza que opinar sobre nuestra propia obra es una labor contaminada, a veces por exceso de aprecio y otras, porque somos demasiado exigentes con nuestro propio trabajo. Es muy posible que la opinión de Pérez Zúñiga sobre sus primeros poemas sea exagerada en exceso. En ellos se encuentra el germen que ha hecho posible su altura actual: ese resplandor brillante que nos ilumina en lo oscuro. ☉

1 Diálogo de la lengua. Entrevista de Caridad Plaza a Ernesto Pérez Zúñiga y Juan Carlos Méndez Guédez en *Quárum: revista de pensamiento iberoamericano*, ISSN 1575-4227, Nº 18, 2007, págs. 89-101.

Un poema de Ernesto Pérez Zúñiga

## Dante hace turismo

A mis pies los tejados de Dite. Las ventanas con diablitos melancólicos. No saben qué son y fuman hacia el viento helado. Hay brujas que cabalgan en banderas y ondean símbolos vacíos.

Las torres de los templos trepan por una ciénaga de círculos cantando pensamientos y razones, deseos sistemáticos, conceptos de cada mundo y fe en el pasado.

Quisiera no ser yo y ser nadie y de luz. Mi identidad es cine en el vacío. ¿No la escuchas?

"Quiero vivir otro año", reclama un replicante. Los silencios chirrían en la lluvia. Gigantes superhéroes tropiezan con sus máscaras.